

Amo a Lucía

Por Chelsea Román

1er lugar, 22º Concurso Anual de Ensayos de RSN



En las tranquilas horas de la noche, cuando el mundo exterior dormía, encontré consuelo en los ritmos familiares de mi rutina de diálisis en casa. Desde **hacia** dos años, mi vida giraba en torno al suave zumbido de la máquina, los pitidos de las alarmas y el olor estéril del equipo médico. La enfermedad renal crónica había irrumpido en mi vida sin ser invitada, exigiendo atención y remodelando

mis días.

Cada noche, me adapté a mi rutina. Preparaba meticulosamente la máquina de diálisis, comprobando y volviendo a comprobar las conexiones, asegurándome de que todo estuviera bien. El proceso fue minucioso pero necesario, un salvavidas que me mantuvo adelante cuando mis propios riñones no podían.

Pero en medio de la precisión clínica y el zumbido constante de la máquina, encontré un respiro en un lugar inesperado: los episodios clásicos de "I Love Lucy". La vieja comedia en blanco y negro se había convertido en mi compañera nocturna, una fuente de risas y calidez que cortaba la monotonía de mi tratamiento.

Descubrí el programa cuando era niña durante una noche inquieta, cambiando canales en busca de algo que me distrajera del tedio de la **diálisis**. Las travesuras de Lucy Ricardo, la peculiar pelirroja con tendencia a las travesuras, me atrajeron de **inmediato**. **Había** algo atemporal en el humor, la comedia y las relaciones entrañables retratadas en la pantalla.

Mientras me acomodaba en mi silla, el suave brillo del televisor proyectaba sombras en las paredes, me sentí **transportada** a una época diferente. La risa que resonó en mi pequeña habitación ahogó los sonidos mecánicos del tratamiento. Durante esos preciosos momentos, no fui un paciente atado a una máquina; **simplemente** era alguien disfrutando de un buen espectáculo.

Noche tras noche esperaba ansiosamente mi cita con Lucy Ricardo y sus escapadas. Ya sea que Lucy se metiera en otro plan descabellado o las reacciones **exacerbadas** pero amorosas de Ricky, cada episodio me hizo sonreír. La simplicidad del humor y la genuina camaradería de los personajes crearon una reconfortante familiaridad que alivió el peso de mi enfermedad.

A través de los altibajos de mi salud, encontré fuerza en la resiliencia de los personajes que había llegado a amar. Sus travesuras se convirtieron en un recordatorio de que la vida, a pesar de sus desafíos, aún podía estar llena de risas y momentos inesperados de alegría.

Un episodio en particular se destaca en mi memoria. Fue un episodio en el que Lucy Ricardo, en su incesante búsqueda de fama y fortuna, se encontró sin querer provocando el caos en un estudio de televisión. Mientras miraba, no pude evitar ver paralelos con mi propia vida: luchar por la normalidad en medio de la imprevisibilidad de la enfermedad, tropezar ocasionalmente pero siempre perseverar.

Pero no fue sólo el humor lo que tocó mi corazón; fue la historia de amor entre Lucy y Ricky Ricardo la que resonó profundamente en mí. Su química en pantalla, sus bromas divertidas

y su apoyo inquebrantable mutuo reflejaban el tipo de amor y compañerismo que yo misma anhelaba, especialmente en medio de mis problemas de salud.

Con el paso de los meses, mi aprecio por "I Love Lucy" se convirtió en algo más profundo. El espectáculo se convirtió en un salvavidas: no solo una distracción, sino una fuente de consuelo e inspiración. Me recordó que incluso en los momentos más oscuros, había momentos de luz y risas esperando ser descubiertos.

Una noche, después de un día de diálisis particularmente desafiante, me encontré volviendo a ver mi episodio favorito. Los chistes familiares y los rostros familiares me envolvieron como una cálida manta, calmando mi espíritu cansado. Y entonces sucedió algo inesperado.

En los momentos finales del episodio, mientras Lucy Ricardo y Ricky compartían un momento tierno, sentí una lágrima deslizarse por mi mejilla. No era tristeza, sino un profundo sentimiento de gratitud, por el espectáculo que me había traído tanta alegría, por la fuerza que me había dado para afrontar cada día con determinación renovada y por recordarme que la belleza se puede encontrar incluso en los lugares más inverosímiles.

Esa noche, cuando apagué la máquina de diálisis y me acosté en la cama, **lleve** conmigo una nueva sensación de paz. Los ecos de la risa de "I Love Lucy" persistieron en mi mente, llenando de calidez los tranquilos rincones de mi habitación. A pesar de los desafíos que enfrenté, sabía que mientras tuviera risa y amor, podría capear cualquier tormenta.

Y así, con el suave ritmo de los latidos de mi propio corazón y los ecos de la risa contagiosa de Lucy Ricardo todavía resonando en mis oídos, cerré los ojos y me quedé dormida, agradecido por el respiro que "Amo a Lucy" me había brindado y por los hermosos momentos que había traído a mi vida.

